AÑO II
NÚM. 55

LA NOVELA DEL DIA

25 CTS.

SEVILLA, 8 DE NOVIEMBRE DE 1924

DIRECTOR: JOSÉ ANDRÉS VÁZQUEZ

AMANTINA COBOS DE VILLALOBOS

LA CONDESITA LAUREL

PORTADA DE NAZARÍ



OFICINAS Y TALLERES:
CASA VELÁZQUEZ - SECCIÓN DE EDICIONES - VELÁZQUEZ, 6
SEVILLA

EN EL NUMERO PROXIMO

A SU IMAGEN Y SEMEJANZA

Por ALEJANDRO COLLANTES DE TERAN

Prólogo de Pedro de Répide

Dibujos de Pablo Sebastián

Amantina Cobos de Villalobos,

la castellana-andaluza.

Amantina Cobos de Villabos, la aureolada en béticas flamigeraciones, la diáfana escritora castellana, cuya literatura es monástica vid de Castilla, milagrosamente injertada en rosal de Andalucía, cultiva las rosas de su arte bajo el hispalo cielo—lírica turquesa y musical topacio de poesía.

... Y en la gubia de Juan de Juni florece el pincel luminoso de Murillo, y albea la gracia nítida de las azucenas de Anunciación... Y el viento que ulula en el Arlanza epopeyas del Cid, suspira en el Betis madrigales de Cetina y silvas de Rioja.

Y la Musa de Castilla habita en la Bética, hermana del Atica. Y del beso espiritual de la luz castellana—serena luz de místico-heroica leyenda—y del sol andaluz—esplendor de triunfo tragi-epitalámico—nacen «Mujeres célebres sevillanas», «Sevilla en el siglo XVI», «Romances caballerescos», «Bellezas de Andalucía», «Por aquella senda...», voces del Romancero en jardines del Betis, ecos de baladas entre las líricas flores de Rioja, ritmos de Berceo en donaires de Arguijo...

Y una tarde Amantina oye cantar a las niñas en el corro esas coplas ingenuas, henchidas de viejas añoranzas, que se impregnan en melancólicas nostalgias, cual infantiles ecos de canciones de gestas... Y el alma de la poetisa, enamorada del perfume legendario-místico de la Edad Media—claustra-

les campanas y épicos añafiles—concibe «La Condesita Laurel», auroral novela, que tiene toda la melancólica nostalgia de la vida anterior, y todo el inquietante presentimiento de la inefable visión de las muertas ciudades. ¡Oh, la encantadora Leonarda Enriquez, jugosa visión de adolescencia, digna del pincel de Alejo Fernández! ¡Oh, la trilogía del novelario grupo, martirizado y roto por el viento de la fatalidad!

Y las tremantes llamas líricas de esta novela, de esta hoguera de vida, se van extinguiendo en la noche del infortunio, dejando la descolorida púrpura—imperial mortaja—del rescoldo de la tragedia, cuyas vencidas ascuas se van resquebrajando hasta convertirse en ceniza de muerte, impregnando el alma de melancólico sentimentalismo, dejando en el corazón una estela de otoñal tristeza...

Luego, la poetisa, peregrina del Arte, vaga por el viejo Portugal y deambula por la antigua Italia: Coimbra, Tavira, Portimao... dormidas en pretéritas saudades. Roma, Florencia, Ravena, Venecia... la historia latino-bizantina—renaciente—hecha marmórea euritmia y ceñidores de líquida esmeralda.

... Y «La Condesita Laurel»—metamorfoseada en laurel de poesía, como Dafne ante Apalo, a orillas del Alfeo—vibra como un arpa en el cielo de la Belleza, flota suspendida en el espacio de la poética ficción, como urna de la quimera entre los milagrosos imanes ilusionados de la melancólica nostalgia de la vida anterior y del augurio de la visión soñada... hecho realidad...

Fernando de los Ríos.

A MODO DE EXPLICACION

Este cuento o novela corta, o como quiera llamársele, hace más de cinco años que se escribió. Una gran desgracia de familia túvome durante mucho tiempo alejada de toda labor literaria, y cuando después de largos meses de olvido iba a ver la luz pública mi «Condesita Laurel», apareció otra novelita con un título muy semejante, cuyo autor era un joven escritor de la localidad. No hubo plagio, sino coincidencia, de las que tantas veces nos ofrece la vida en su continuo barajar de acontecimientos y nombres.

Volví a guardar mi obrita, sin agravio ni rencor contra nadie, pues nadie tenía culpa de la coincidencia, hasta que, decidida a publicarla con esta sencilla aclaración, que deja en su lugar—o en buen lugar—las cosas, hoy aparece tal y como se escribió hace varios años.

Amantina Cobos de Villalobos.



LA CONDESITA LAUREL

Yo soy la viudita
del conde Laurel,
quisiera casarme
y no tengo con quién.

Tarde de verano en una ciudad castellana, de esas que tienen antiguo abolengo y escasa población; monótona y aburrida los diez meses del año, pero que en julio y agosto, revive, se remoza y adorna de flores en los jardines y de bellas muchachas en calles y paseos.

En el jardín de la gran plaza, y en torno a una fuente de mármol, jugaban muchas niñas, vestidas con primor. Eran hermosas y alegres, como todo lo que empieza; los trajes vaporosos, de tonos claros, contrastaban con la encendida grana de sus mejillas, y, sobre sus blancos cuellos desnudos, flotaban bucles negros o dorados. El espectáculo de aquellas chiquillas, corriendo y saltando entre los macizos de flores, llenando el aire de risas cristalinas, de sonidos imprecisos, de efluvios de

vida nueva, atraía, encadenaba, embelesaba tan poderosamente, que dije a mis acompañantes:

—Si les parece a ustedes pasearemos por aquí.

Félix, mi amigo, que me contaba esta historia, se interrumpió un momento, bajó la cabeza y ví que sus labios se apretaban convulsos; el dolor del recuerdo ponía en su rostro una trágica contracción, que en vano el arte hubiera tratado de imitar. Después, continuó así:

Un corro de mayorcitas, formando un círculo de incipientes bellezas, tenía aprisionada a una compañera, a la que hacían no sé qué preguntas, que ella contestaba con voz dulce, leda y un poco melancólica:

Yo soy la viudita
del conde Laurel,
quisiera casarme
y no tengo con quién

Describir aquella criatura tal como a mí me pareció, podría creerse hipérbole o locura. Las ninfas de todas las mitologías, las creaciones espirituales de todas las religiones, las realidades más perfectas, no sobrepujaban su hermosura. Podría tener doce años, era alta y de formas espléndidas; el cabello negro y largo, y en su rostro, de transparente blancura, coloreado de rosa, tenían su trono dos ojos azules, grandes y aterciopelados; el traje, de gasa, dejaba al descubierto los brazos, el cuello, los hombros, que llevaban de ventaja a

los de las estatuas helénicas en que eran de una carne inmaculada y tibia.

—¿Quién es esa encantadora criatura?—pregunté a Luis, el más joven de mis amigos.

—La chiquilla más bonita de toda la provincia—me contestó—. Verás qué simpática es... voy a llamarla:.. ¡Eh, Condesa Laurel!—gritó, haciendo señas a la niña, al mismo tiempo que ésta cantaba su estribillo.

Vino hacia nosotros la muchacha, risueña y saltarina, y nos saludó con esa graciosa soltura que sólo se adquiere en los hogares distinguidos. Yo estaba tan turbado como ella o más.

—¿Cómo te llamas?—le dije por decir algo.

—Leonarda Enríquez--contestó dulcemente.

—¡Eres muy bonita!

—Pues, mira—exclamó Luis, siempre bromista—apesar de su carita de santa, ya tiene novio.

Una viva llamarada paceció encender el rostro de la niña; sus ojos se tornaron de un azul tempestuoso, pero casi al instante recobró la bella natural placidez, y haciendo una encantadora mueca, dijo con acento atropellado y nervioso:

—¡Mentira! ¡Mentira! ¡Mentira!

Y echó a correr, enseñando entre el revuelo de la falda, unas piernas admirablemente contorneadas, cubiertas apenas por finísimas medias...

* * *

A ti, único amigo entre tantos conocidos, a ti que has sido el depositario fiel de todas mis

confesiones, no he de ocultarte un punto la verdad de esta dolorosa etapa de mi vida.

Yo, que escuchaba en silencio, hice señas a Félix para que continuase aquella narración que empezaba a interesarme.

—Hay momentos en la vida—siguió diciendo mi amigo—en que si nos apuñalasen, debíamos morir bendiciendo al asesino, y ese instante en que debió acabar mi vida fué el día de mi llegada a N, donde había ido a casarme. Era éste un matrimonio de conveniencia, como tantos otros, que, sin embargo, resultan felices apesar de lo que digan moralistas y poetas: ninguna pasión baja me guiaba a él. Tenía entonces veintisiete años, arrogante figura, un empleo honroso y lucrativo, apellido ilustre y consideración social; mi futura era hermosa y rica, de virtud austera y distinguida familia; puestas en dos platillos nuestras respectivas condiciones, el peso quedaría en el fiel.

La víspera de casarme con Teresa conocí a Leonarda, hija, precisamente, de un primo hermano de aquélla, y me enamoré locamente de la angelical criatura. Nunca había sentido hacia mi futura lo que se llama amor; estimación y simpatía nada más; pero desde entonces me fué casi insoportable. ¿Qué debí hacer? ¡Romper mi compromiso con ella, huir lejos de allí esperando que Leonarda fuera mayor para consagrarle mi vida entera! No tuve valor para hacerlo, me lo impidieron los absurdos convencionalismos sociales. Y además, ¿quién sabe los estragos que ha de causar la primera chispa que cae en un edificio, la gota

primera que las nubes dejan caer en un río caudaloso, o el primer pensamiento malo que el diablo pone en la mente del hombre ruín?

Me casé con Teresa, y en las forzadas frases de ternura que le dirigí los primeros días de nuestro matrimonio, siempre había una alusión a las perfecciones de Leonarda. Recuerdo un pequeño incidente en nuestro viaje de novios. Acordándome de la «Condesa Laurel», como yo llamaba familiarmente a Leonarda, dije apasionadamente a mi mujer:

—¡Qué bellos son tus ojos de color de cielo!

Sonrió mi esposa con extrañeza, pero como la vanidad pone vendas en la mente de las mujeres, no pudo sospechar que aquel requiebro no fuese inspirado por ella, y exclamó:

—¡Pero, chiquillo, si yo tengo los ojos negros!

¡Ah, sí!—contesté sin apresurarme mucho en dar una disculpa—pero los poetas llaman cielo a los ojos de las mujeres hermosas...

* * *

Cuatro años hacía que nos habíamos establecido en Madrid, donde estábamos lujosamente instalados; mi empleo y la renta de Teresa nos permitían vivir con toda clase de comodidades, y como por otra parte, la profunda tristeza que me corroía las entrañas me tenía alejado de la sociedad y la religiosidad de mi mujer hacíale huir de las fiestas mundanas, llevábamos una vida retirada y metódica.

El padre de Leonarda, medio arruinado y neurasténico, había marchado con su hija a

Barcelona, y durante ese tiempo fueron escasísimas e indirectas las noticias que recibí de la Condesa Laurel, hasta que una carta de luto, dirigida a Teresa, nos hizo saber que Sebastián Enríquez se había saltado la tapa de los sesos. Este acontecimiento dejaba a Leonarda, a los dieciseis años, sola y en la más completa miseria, en una ciudad que debía serle desconocida.

Poseía mi mujer una virtud austera, casi huraña, pero firme e inquebrantable como la de los antiguos ascetas; herencia de muchas generaciones, inclinación ingénita a todo lo limpio y puro; reforzada por las creencias religiosas y el ejemplo de los suyos; un tanto seca de corazón para aquellas desgracias que no atacaban a la honra, pero verdadera amazona para rescatar un alma del deshonor. En cierta ocasión la ví atravesar todo Madrid un día de tormenta por salvar de la deshonra a una pobre obrera, a la que dió una gran cantidad de dinero para que se fuese a su lejana provincia.

Tan pronto supo la desgracia de Leonarda, se apresuró a escribirle, sin consultarme apenas, diciéndola que se viniese con nosotros y enviando una considerable suma para que pagase las deudas de su padre y se proveyese de lo más necesario. «Esa niña—me dijo un día, después de comer—lleva mi apellido y no debo abandonarla; soy yo su única parienta por parte de padre y me estremezco pensando que pudiera ir a parar con la familia de su madre, formada por mujeres casquivanas y poco escrupulosas, entre las que podría peli-

grar su honor. Aquí no carecerá de nada, haremos las veces de padres, ya que el cielo no nos ha dado hijos, y si Dios la destina para casada, no le faltará un hombre piadoso y trabajador, aunque mi gusto sería verla inclinada al claustro, única felicidad de esta vida.»

Así hablaba esta santa criatura, a la que debía adorar y casi aborrecía; ni por un momento se me ocurrió revelarle la horrible verdad y alejar el peligro que se avecinaba; la brutal pasión de que estaba dominado me hacía desear ardientemente lo que la razón, la conciencia, el deber y el honor rechazaban a gritos.

El día que avisó Leonarda su llegada, fué para mí de sufrimientos inenarrables. Durante la mañana visité más de veinte amigos, compré en otros tantos comercios para distraer las horas; por la tarde, con pretexto de sacar a mi mujer a paseo, alquilé un carruaje y mandé que nos condujesen a la estación media hora antes de la llegada del tren. ¡Qué treinta minutos! La sangre corría en las venas con ímpetu de caballo salvaje, el corazón aceleraba su marcha inusitadamente, los nervios estaban en horrible tensión, cualquier cosa me sobresaltaba, produciéndome vértigos. Mi mujer, tranquila y sosegada, de nada se apercibía.

Llegó, por fin, el tren a los andenes, y en un vagón de primera clase vimos asomarse a Leonarda: corrimos hacia ella y Teresa la recibió con un abrazo, no muy afectuoso, mientras la muchacha se arrojaba a su cuello, sollozando; mi esposa la mandó callar con cierto cariño imperativo y fué con nuestro criado a

ocuparse del equipaje, con una solicitud maternal; esta coyuntura me proporcionó ocasión de quedarme solo con Leonarda, a quien contemplaba ávidamente.

Había cambiado bastante en aquellos cuatro años, y su belleza no sé si había ganado o perdido; estaba pálida y delgada, pero sus ojos, de infinito encanto, me parecieron más hermosos que nunca. Sentía redoblar por momentos mi pasión y era el hombre más feliz del mundo.

Llegamos a casa y Teresa condujo a su sobrina a un modesto pero confortable gabinete, a donde ella misma le llevó la cena, y obligándole a que se acostase, la dijo así, sobre poco más o menos:

—Vamos, no llores, pues los difuntos no quieren lágrimas, sino sufragios. Ahora a dormir tranquila, y ten la seguridad que aquí no te faltará nada mientras seas buena, que por la misericordia de Dios espero lo serás siempre. Buenas noches.

Y rozando apenas con sus fríos labios las mejillas de Leonarda, la arropó cuidadosamente, cual si hubiera sido un pequeñuelo, y salió de la habitación.

* * *

Desde esta época—prosiguió Félix después de una pausa—empieza para mí la etapa más dolorosa de mi vida; la humillación que ha de producirme el relato de los sucesos de entonces, sirva de expiación, aunque ligera, de mis delitos. Y continuó así:

Ya supondrás, amigo mío, que, dado el carácter de mi mujer, la vida de Leonarda en mi casa no podía ser más monótona. Desde luego Teresa empezó a ejercer su tutela sobre la inocente niña, y nunca madre ninguna fué más celosa y vigilante de una hija querida que mi esposa lo era con su sobrina. Nada faltaba a ésta de lo que la existencia material necesita: comida en abundancia, ricos vestidos, adornos elegantes y delicados, en consonancia con el riguroso luto que llevaba, y confortable habitación; pero en cuanto a los goces del espíritu, Teresa era demasiado seca de corazón y limitada de inteligencia para que se le ocurriese proporcionar a la pobre joven otras distracciones que novenas, triduos o visita a las buhardillas, cuyos pobres ella socorría.

Y ¡oh, casualidad diabólica y desastrosa! Leonarda, que se veía tan estrechamente custodiada, que jamás salía sola a la calle, que no frecuentaba trato alguno, se encontraba a menudo, sin testigos, conmigo, porque mi esposa, alma de buena fe, inepta para descubrir toda clase de enredos o iniquidades, no podía sospechar la monstruosa traición que ya se había adueñado de todo mi sér.

Muchas veces me decía: «Esta chica está muy pálida, es necesario llevarla que la dé el aire; acompáñala a paseo, pero que sea por un sitio retirado, pues no está bien que ofenda la memoria de su padre, frecuentando paseos concurridos. Hoy no puedo ir con vosotros, pues tengo junta en el «Ropero de San José».

Hasta ahora, amigo mío, no te he hablado de las perfecciones espirituales de Leonarda.

Eran tan grandes, que hoy, cuando de ella no queda más que la esencia del recuerdo, me pregunto si realmente las poseía o las creaba mi imaginación para idealizarla más. Aquellos paseos solitarios me dieron ocasión de conocerla y adorarla aún con mayor vehemencia. Su corazón era un joyero de sentimientos nobles, exquisitos, tiernos; su inteligencia luminosa tenía intuiciones extraordinarias, y su temperamento artístico rechazaba sin detenerse en ello todo lo grosero y vulgar; su alma, en fin, era una divina arpa eólica que vibraba extremecida dulcemente por las auras del ideal.

Si la sola contemplación de sus perfecciones físicas, los pocos días que permací en N. levantaron en todo mi sér esta pasión devoradora que parece no ha de extinguirse jamás, puedes imaginarte que esta adoración por mi Condesa Laurel aumentaría de manera formidable con aquel trato casi continuo que ponía de manifiesto los tesoros maravillosos de aquella excepcional psicología; y ella, sin pensarlo, con su gracia ingenua, su cándida viveza, su discreción sencilla y natural, echaba el combustible a la hoguera que había de consumir su vida inocente.

No hay mayor imán para el amor que el amor mismo; si pudiéramos amar a nuestro mayor enemigo, acabaría por correspondernos con igual sentimiento.

Pues bien; Leonarda, que al principio no sintió hacia mí más que simpatía y gratitud, acabó por corresponder a mi cariño, si no a la manera que yo deseaba, pues rechazábalo su

nativa honradez, no por ser más espiritual su amor, o tal vez por eso mismo, era más firme, más leal, más noble.

Habían pasado dos años y Leonarda era entonces un prodigio de belleza; su presencia levantaba murmullos de admiración hasta en las reuniones más austeras; las monjitas, cuyos locutorios visitábamos, la comparaban a Santa Inés o Santa Cecilia, las santas hermosas por excelencia; los amigos nuestros que tenían hijos solteros, se disputaban el placer de llamarla hija, y su paso por la calle era una marcha triunfal, alfombrada de requiebros, suspiros y miradas.

De todos los pretendientes que asediaban a la muchacha era el más asiduo un joven granadino que había ido a Madrid a terminar la carrera de leyes, que seguía por gusto, pues sus padres, al morir, habíanle dejado una cuantiosa y saneada fortuna; llamábase Miguel de Pola, tenía hermosa presencia y distinguida educación. Su tutor era un ilustre marqués, buen amigo nuestro, cuyo rancio abolengo y acrisoladas creencias religiosas, habíanle conquistado todas las simpatías de Teresa.

La rabia que se apoderaba de mi corazón al ver a Leonarda codiciada por otros hombres, era sólo compensada con la alegría de saber que eran todos rechazados; incapaz de mentir un amor que únicamente por mí sentía, despedía a sus pretendientes bajo distintos pretextos, con no poca alegría de mi mujer, que juzgaba estas repulsas como indicios segurísimos de una vocación religiosa.

La lucha que la pobre niña sostenía en si-

lencio con su conciencia, los encontrados sentimientos que torturaban su corazón, el remordimiento de traicionar a su protectora, que si bien era con ella poco afectuosa, proveía sus más pequeñas necesidades, desgarraron de tal manera aquel juvenil organismo, que cayó gravemente enferma. Una fiebre altísima la postró en el lecho y el espantoso delirio que le producía fué mi mayor tormento, porque en aquella ocasión sufrí todas las torturas que sin duda experimentarán los réprobos en la mansión de su castigo.

A todo esto, mi mujer desplegaba una solicitud conmovedora; si en sus ojos no había lágrimas, ni en su pecho suspiros, en cambio mostrábase infatigable cuidando a la enferma; con escrupulosa exactitud y exquisita delicadeza le daba las medicinas, después de hacer venir a su cabecera los más célebres médicos de Madrid. Durante horas y horas permanecía junto a su lecho y parecía no sentir la fatiga de tantas noches de insomnio y con frecuencia rogaba a los médicos le avisasen cuando el peligro fuese inminente, para disponer los remedios espirituales. «Esta niña—decía—a quien considero como una hija y por la que estoy obligada a velar, ya que ha sido preservada de todo pecado, no quiero abandonarla en tan duro trance y si Dios dispone de ella, que vaya purificada de toda escoria humana.»

Contemplando a aquellas dos santas criaturas, me sentía el mayor criminal del mundo. Había formado mi plan y sólo esperaba para poner término a mi vida que acabase la de Leonarda; entonces, me mataría a los pies de

mi mujer, después de haber implorado un perdón que estaba seguro de no conseguir.

Sin embargo, Dios, para que yo expiara más cumplidamente mi culpa, dispuso que Leonarda no muriese, y, después de una crisis espantosa, se obró en ella tan favorable reacción, que pronto se inició un período de rápida convalecencia.

¡Oh, corazón humano, pudridero de lascivas pasiones! Cuando yo ví a mi amada libre de las garras de la muerte, cuando aérea, sutil, pudo apoyarse en mi brazo, que se estremecía de placer al contacto de su frágil cuerpecito, y dar por la habitación algunos pasos, como de infantico vacilante, mi alma rebosó de júbilo, y, olvidando los negros pensamientos que antes me ocupaban, me sentí el hombre más feliz del mundo; y es que el amor, como el sol, embellece y vivifica todo cuanto ilumina.

Cuando Leonarda empezó a convalecer, Teresa volvió a reanudar sus piadosas ocupaciones; un día, salió con su fiel camarera Adriana, que hacía muchos años que estaba a su servicio, y me encomendó encarecidamente el cuidado de la muchacha. Pasé a su gabinete y recostada en una butaca estaba mi Condesa Laurel, verdaderamente fascinadora.

Una bata de franela blanca la envolvía hasta los pies; el rostro, antes pálido, empezaba a colorearse suavísimamente, y en la frente, pura y tersa, aparecían azuladas venas; los ojos estaban púdicamente entornados y sus trenzas negras caían a los lados de la cara. Parecía una virgen bizantina, y había en

aquella hermosura tal misticismo, tan serena castidad, que, desechando mis culpables pensamientos, caí de rodillas a sus plantas, antes que pudiera apercibirse de mi presencia.

Dió un ligero grito, levantó los entornados ojos, y, cruzando las blancas manitas sobre el pecho, rompió a llorar. Procuré calmarla, pero ella, haciéndome señas de que me sentase, me dijo estas palabras, regadas con lágrimas de contrición:

—Esta enfermedad, amigo mío, ha sido como esas señales que en alta mar advierten a los marineros, cuyo rumbo va extraviado, el peligro inminente donde ha de estrellarse su embarcación; luz benéfica y piadosa en medio de las negruras de la tormenta. Así, cuando la fiebre altísima me devoraba, cuando el delirio parecía arrebatar mi razón suspendiéndola en un abismo insondabla de donde no había de volver, yo veía en medio de este espantoso trastorno una luz muy blanca... muy blanca... muy pura... muy pura, y de ella salía una chispa, que, prendiendo en mi frente, me hacía fuerte... poderosa... intangible.

Viéndola tan excitada me arrodillé junto a ella y cubrí de besos delirantes sus manos. Ya, más serena, continuó:

—El amor que siento hacia ti, único hombre a quien he querido, y aquel con que tú me correspondes, han llegado a un grado tal, que amenazan seriamente mi honor; pero con ser este tan grande mal, aún me causa mayor tortura el ultraje inferido a Teresa, la más santa de las mujeres. La blanca luz que me ha iluminado durante mi enfermedad, me señaló

un sitio donde no hay mentiras, engaños, ni perjurios, donde hay paz y reposo, donde seré intangible. El claustro.

Al oir tan extraña proposición intenté reirme, diciendo que su cerebro, todavía débil, le sugería aquellas románticas ideas; pero quedé anonadado cuando al cabo de unos días, restablecida completamente, anunció a Teresa su decisión de entrar en un convento de rigurosa clausura.

No quiero molestarte, amigo mío, con el relato de mis insomnios regados de lágrimas, de mis desesperaciones plenas de hieles, de mis blasfemias, de mis tristezas, de mis locuras. Perder a Leonarda, cuando acababa de recobrarla, me pareció sobrado castigo, mayor que el que mis culpas merecían.

Mi mujer, en tanto, rebosaba de júbilo, disponiendo el ajuar de la futura novicia; consolaba cariñosamente a Miguel de Pola, que desde la enfermedad de Leonarda frecuentaba aún más nuestra casa, diciéndole en son de broma que no debía tener celos del novio por el cual le dejaba plantado, y en los conventos que frecuentaba permanecía largas horas de cábalas y comentarios con las notables de la comunidad.

Mis entrevistas con Leonarda eran cada vez más frecuentes y apasionadas; la pobre niña sentía el dolor de la separación y el término de aquel amor puro y culpable a la vez, le causaba inmensa tristura.

Un día en que había salido a despedirse de una amiguita suya, corrí a mi despacho, y, ocultando la cara con las manos, dejé correr

a través de los dedos hilos de lágrimas, que al caer sobre la tapa de cristal de la mesa, producían un triste son, como de lluvia invernal. Así permanecí buen rato, hasta que una mano se posó en mi hombro: levanté la cabeza y en pie, a mi lado, estaba mi mujer.

No sé si te he dicho que Teresa era hermosa, pero la falta de altas prendas intelectuales y la carencia de pasiones, daban a su rostro un tinte de insulsez: algo impreciso, como de cuadro desdibujado, que no interesaba ni conmovía; pero en aquel instante me pareció tan bella, que la miré con una atención a la que bien puedo asegurar no estaba acostumbrada. Sus grandes ojos negros, resplandecían con un brillo insólito; el fino cutis moreno, estaba enarcecido; las ventanas de la nariz, dilatadas, y sus labios, rojos y húmedos; parecía agitarle un temblor ligerísimo, pero estaba erguida y arrogante como una Juno.

—¿Puedes escucharme un momento?—me preguntó.

Contesté afirmativamente y entonces cerró la puerta, corrió el portier de terciopelo y, sentándose en un sillón, frente a mí, me habló en estos o parecidos términos:

—Los severos principios de moralidad en que mis padres me educaron; los altos y constantes ejemplos de virtud de que siempre estuve rodeada y mi alejamiento de enredos y liviandades, hanme hecho lo que llaman una *mujer tonta;* he padecido el error del imbécil que piensa, porque él no roba, que no hay ladrones; o porque no es capaz de hacer daño a una hormiga, que no hay desalmados asesinos.

Este preámbulo, que no pienso hacer más largo, es para decirte que he descubierto, por fin, la traición tuya y el crimen de *ella*, es decir, que las dos personas en las que tenía depositados mi fe, mi amor, todos los afectos de mi alma y las ilusiones de mi vida han escarnecido mi hogar y amargado mi existencia con el mayor ultraje que se puede hacer a la dignidad humana.

Aunque preveía algo extraordinario en la actitud de mi esposa, nunca pensé que hubiera descubierto nuestros amores, y fuí tan villano que no tuve una palabra de desagravio para aquella ofendida mujer. Mirela con estúpida indiferencia y sintiendo Teresa con tal proceder aumentar su indignación, prosiguió así:

—Dios ha querido que se descubriese a tiempo vuestra perfidia para ser debidamente castigada y acabar de una vez tan infame comedia. Leonarda no entrará en el convento, donde no la lleva una verdadera vocación; podía hacer que la encerrasen en una casa de Arrepentidas, donde llorase su maldad toda la vida, pero soy más generosa... o más cruel. Se casará con Miguel de Pola, que la llevará lejos de aquí; sufrirás la tortura de verla en poder de otro hombre, comprendiendo entonces lo que yo he sufrido, siendo inocente; la perderás, como yo te he perdido a ti... Y en cuanto a ella, Dios se encargará de castigarla, que no es ficción, como creen los malvados, la Justicia Divina.

No sé si fué orgullo o cobardía, o ambas cosas, pero yo permanecí mudo ante aquella explosión. Los ojos de Teresa fulminaban, y

diciéndome: «¡Te desprecio!» salió de la habitación. Sentí cerrar lentamente la puerta; sin duda esperaría que yo corriese a implorar su perdón, pero era tal mi rebeldía, que permanecí inmóvil. Me exasperaba su conducta sin acordarme de mi delito.

¿Lo creerás, amigo mío? A las pocas semanas de cuanto he relatado, Leonarda se casó con el joven granadino, sin que pudiera tener con ella una entrevista final; sólo sus dulces ojos, cuajados de lágrimas, me advertían la intensidad de su dolor.

Después de la ceremonia, verificada sin solemnidad ninguna, Teresa tuvo una conferencia secreta con el recién casado, pintándome como un libertino perseguidor de la muchacha y encargándole cortara toda comunicación conmigo. Conocía yo demasiado la altivez y energía de Miguel para no considerar perdida para siempre a Leonarda, cuando, después de la ceremonia nupcial, salió de nuestra casa. Partían con dirección a Granada, donde habían de residir. Unos celos rabiosos atenazaban todo mi sér, como verdugos despiadados y burlones. ¡Bien se había vengado Teresa, que sonrió con triunfador desdén cuando Leonarda, del brazo de su marido, atravesó por última vez los umbrales de nuestra casa!

* * * *

Pasaron dos meses insoportablemente monótonos. La distancia que me separaba de Teresa era cada vez mayor, y la vida me pa-

recía tan descolorida y triste, que hasta llegaba a desear que surgiese algún trágico acontecimiento para salir del marasmo desconsolador en que había caído.

Un día, bien de mañana, entró Teresa en mi habitación; su rostro estaba grave, pero me pareció observar en ella un disimulado gozo. Llevaba en las manos un periódico y una carta, y con acento incisivo, que trataba de hacer dogmático, me dijo:

—La Justicia Divina se ha hecho esperar menos de lo que yo pensaba. Toma y lee.

Tembloroso, descompuesto, cogí el periódico, uno de los de más circulación en Granada, y leí la noticia, señalada con lápiz rojo, que me pareció una orla de sangre. Decía así:

SENSIBLE ACCIDENTE

En la magnífica finca San Esteban, que los señores de Pola poseen cerca de la capital, ha ocurrido un lamentable suceso que prueba la audacia de los malhechores y la indefensión en que se encuentran las posesiones de campo. Encontrándose ausente el propietario, entraron dos individuos en la habitación de la joven señora, a la que infirieron una grave puñalada, no pudiendo apoderarse de ningún objeto, por la pronta intervención de los criados, y sin que hasta la fecha hayan sido capturados los criminales.»

Seguían los obligados comentarios contra la pasividad de las autoridades, que ya no me fué posible leer.

—La carta, la leeré yo—dijo Teresa con

fría calma—; pues veo estás un tanto turbado.

Y leyó:

«Amiga mía. Nos hemos equivocado los dos. Usted creía que su marido era un libertino perseguidor, aunque sin éxito, de Leonarda; pero ésta, correspondiendo a aquel culpable amor, le había entregado, si no su cuerpo, su alma entera. Así me lo comunicó en una carta durante una pequeña ausencia mía, intentando poner fin a su vida. La herida no es mortal, pero ella ha perdido el juicio. No creais, sin embargo, que estoy demasiado afligido: el amor ardiente que sentí por Leonarda se ha convertido, como la espuma de las grandes olas, en agua fría e incolora. He comprendido que al casarse conmigo sólo trató de asegurarse una posición, y tal vez mayor libertad. Los dos fuímos engañados, pobre amiga mía, siendo dignos de mejor suerte.

Dentro de breves días marcharé para un largo viaje, en busca del olvido que necesito; *ella* quedará atendida por mi fiel mayordomo y mi vieja nodriza, que la vigilarán constantemente. Los médicos afirman que su locura es de las que no tienen remedio, en vista de los antecedentes de la familia de su madre.

Besa vuestros pies, *Miguel*.»

Exasperado, loco, frenético, lancéme sobre Teresa, gritando:

—¡Miserable, malvada, hipócrita..! ¡Puedes estar satisfecha de haber destrozado aquella vida que valía cien veces más que la tuya, con todos tus artificios de estúpida virtud..!

Rechazó ella la agresión con la butaca, y,

roja de cólera, llameando indignación, exclamó:

—¡Me insultas porque te ves vencido, humillado, castigado, en vez de pedirme perdón del atroz agravio que me has hecho! Uní tu oscura persona con mi noble familia, te entregué el enorme capital de mi padre, fuí modelo de esposas y me pagaste consintiendo que *ella* viniera a nuestra casa para más fácilmente satisfacer tu lascivia; *ella,* a quien saqué de la miseria, a quien evité comer el triste pan de la servidumbre, a la que hubiera colocado con el fausto que a una hija mía, se ocupaba en fomentar tus pasiones con su provocativa belleza, a pretexto de un amor espiritual... ¡Como si pudiera haber espiritualidad en lo ilícito, en lo reproblable, en lo pecaminoso! ¡Te desprecio, me das asco!

—¡Señora, ni un día más quiero vivir con usted!

—No deseo yo otra cosa—dijo Teresa, dirigiéndose a la puerta y separando violentamente los muebles que encontraba a su paso.

Me tiré en una butuca, llorando como un niño. Una voz dijo cerca de mí:

—¡Esa es la conciencia, esos son los remordimientos!

Miré a mi alrededor y ví a Adriana, la antigua camarera, que con sus cabellos blancos, el traje oscuro y la estatura elevada, me pareció una estatua arcaica de la Justicia. La sorpresa de su presencia me dejó enmudecido: ella, animada por mi silencio, prosiguió:

—Pida usted perdón a la señora, que ella es muy buena y olvidará todo... Vivan ustedes

como un matrimonio cristiano, echando en olvido lo que ha pasado... Y acuérdese de que Dios castiga sin piedra ni palo.

—¡Quítate de mi presencia, vieja de los demonios, que no quiero ver más ni a ti ni a tu señora..!

Y cogiendo el sombrero, salí como loco a la calle. Este fué el último error de mi vida conyugal.

* * *

Me separé de mi mujer, que no pareció mostrar gran pesadumbre, marchando inmediatamente a su ciudad natal. El dolor me hacía entonces tan injusto, que, atribuyendo a ella todas mis desgracias, no quería saber nada que se relacionase con mi esposa; pero como siempre hay amigos indiscretos y oficiosos, que con mejor o peor intención se encargan de molestarnos, tenía que oir a la fuerza la apoteosis que hacían de Teresa.

Vivía en su casa-palacio de N. como una gran señora en su feudo, rodeada de amigos respetuosos, de amigas zalameras, que aplaudían su determinación de haberse separado «del libertino de su marido, que malgastaba el capital y llevaba las queridas a su misma casa», y de una multitud de criados aduladores, qne medraban, no poco, a la sombra del vetusto caserón. Ejercía Teresa una autoridad decisiva en todos los asuntos de la población, gozando enorme prestigio, gracias al acierto y esplendidez con que sabía repartir sus cuantiosas rentas, con préstamos desinte-

resados, anticipos oportunos o donativos magníficos. Si hubiéramos vivido en esas Repúblicas en que la mujer ha adquirido la plenitud de sus derechos, Teresa hubiera sido el magistrado supremo de la ciudad. En suma, era dichosa y no parecía acornarse de mí.

* * *

Llego ya, amigo mío, al lastimero final de mi confesión, y perdona si las lágrimas interrumpen este relato. Murió Leonarda, y antes de morir, tuve, no sé si la suerte o la desgracia, de verla por última vez. Sabes que marché a América, donde Salinas, nuestro amigo, me brindó un pingüe negocio, al que me lancé, con el único deseo de distraer mi dolor. Antes de partir, quise ver a Leonarda, y un día, al terminar la primavera, llegaba yo a aquella preciosa posesión, donde entre flores y lágrimas se consumía la vida de mi amada.

Decir lo que sentí, cuando a fuerza de dádivas y ruegos la vieja guardiana me franqueó la puerta, sería cosa imposible. Era una tristeza infinita, pero sin rebeldías, sin bravura; una melancolía suprema que se infiltraba en todo mi sér, y, contrastando con mi dolor, la tarde se mostraba espléndida, el cielo intensamente azul y la naturaleza en floración magnífica, tan pletórica de vida como seco de esperanza e ilusiones mi desmayado corazón.

A un extremo del jardín, en una plazoleta que sombreaban lilas blancas y rosales cuajados de flores, estaba sentada Leonarda, no como la última vez que la ví, el día de su boda,

grave y llorosa, sino risueña, cándida, vestida de blanco y con la negra melena recogida en infantil peinado. Cantaba dulcemente, extendiendo sus blancas manitas:

Yo soy la viudita
del conde Laurel,
quisiera casarme
y no tengo con quién.

Corrí hacia ella, la estreché delirante entre mis brazos, besé la orla de su vestido, tributándole los nombres más dulces. Al principio me miró con extrañeza, después, me rechazó con suavidad. En vano la llamaba, arrastrándome a sus plantas, diciendo mi nombre una y mil veces; ella, me miraba con aquellos ojos azules—un día tan hermosos—, privados ahora de la luz de la razón, como dos luminares apagados, y volvía a su cantinela:

Yo soy la viudita
del conde Laurel...

Ante aquella inmensa desventura, que condenaba a perpetua lobreguez una vida de veinte años, sentí que se me derretía el corazón y rompí en violentos sollozos. Levantóse Leonarda súbitamente, miróme como asustada y echó a correr. Perdióse por un camino de rosales y acacias, y al verla con su vestido blanco y sus negras trenzas, volvió a mi recuerdo la época dichosa de su niñez. Quise ir tras de ella, pero apareciendo la vieja guardiana, me rogó saliera, pues tenía orden terminante de su amo de no dejar entrar a nadie y aunque estaba lejos podía enterarse. Con-

vencido por estas razones de que nada conseguiría allí, sino aumentar mi dolor, recompensé espléndidamente a la mujer y salí del jardín, a cuya puerta estaba el caballo que debía conducirme a Granada.

Declinaba suavemente aquella hermosa tarde de junio y era próxima la hora en que la noche y el día celebran, en amoroso abrazo, sus nupcias sidéreas. Horas de ensueños, de esperanzas, de anhelos, de deliquios; hora de místicos transportes, de dulces deseos, de inefables encantos, de divinas emociones, en que la fantasía se nos antoja realidad y la realidad parece una bella fantasía, y, para decirlo de una vez, el misterioso deleite de aquella hora bañaba mi alma en una infinita y sobrenatural melancolía.

Seguía mi caballo un camino próximo a las tapias del jardín, junto al que corría un arroyo bajo tupida alfombra de frescas yerbas y olorosas flores; el agua producía un sonido como de esquilitas de plata, único ruído que interrumpía la augusta serenidad de la campiña El cielo, delicadamente coloreado de rosa, empezaba a adornarse de brillantes luminares.

De repente vibró en el aire una voz y escuché poseído de emoción intensa; tenía el presentimiento de oirla por última vez. Era la voz querida, suave y melancólica de mi dulce Leonarda, que parecía despedirme para siempre con aquella canción, principio y final de sus desventurados amores:

Yo soy la viudita
del conde Laurel,
quisiera casarme
y no tengo con quién.

NÚMEROS PUBLICADOS

1 **El Ultimo Madrigal**, por José María Romero.—2 **El Alba Sangrienta**, p Felipe Cortines y Murube.—3 **Cuando Volvió el Prisionero**, por José Andr Vázquez.—4 **Aguilita**, por Fernando de los Ríos.—5 **El Secreto**, por Ju Agustín Moreno.—6 **La Tristeza del Conde Laurel**, por Joaquín Romero Mur be.—7 **La Dorada Mediocridad**, por Rogelio Buendía.—8 **La Historia** Alejandro, por Blas Medina.—9 **Rosas de Sangre**, por Adolfo Carretero.— 10 **Las Preciosas Ridículas**, por Moliére. Traducción de M. Romero Martínez.— 11 **Gil García**, por José María Tassara.—12 **El Manto de Escarlata**, por Ra fael Porlán y Merlo.—13 **¡Un Cabello!**, por Nicolás de Salas.—14 **Los Hij de Beard**, por Luis Romero Escacena.—15 **Un Pobre Hombre**, por Luis Mosquera —16 **La Casita Roja**, por Juan Agustín Moreno.—17 **Por Encima de l Muerte**, por Lola Romero.—18 **Los Ojos Abiertos**, por Carlos Casajuana.— 19 **Chita, Personaje de Novela**, por César González Ruano.—20 **El Inglés la Cigarrera**, por Agustín Veguilla.—21 **Un Crimen Legal**, por Pedro Balgañón —22 **Cuando el Corazón Manda...**, por Miguel Casado Rubio.—23 **La Plaz de Doña Elvira**, por Alejandro Collantes de Terán. — 24 **Ya ha Nacido Trigo Nuevo**, por Mariano López Muñoz.—25 **Por Aquella Senda...**, por Aman tina Cobos de Villalobos.—26 **La Quimera que se va**, por Miguel Benítez d Castro.—27 **El Eterno Peregrino**, por Fernando González Bermúdez.—28 **Co razones Errantes**, por Raúl Barahona.—29 **De Triana a Miraflores**, por Fe lipe Cortines y Murube.—30 **Los Puritanos**, por Armando Palacio Valdés.— 31 **La Orbita**, por Manuel Chaves Nogales.—32 **El Ultimo Niño de Ecija**, p Benito Más y Prat.—33 **Las Cosas de Gómez**, por Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernandez.—34 **La Ley Más Fuerte**, por Miguel Lucena.—35 **Mater nidad**, por Rafael Laffón.—36 **El Exito Fácil**, por Ferreira de Castro. Traducció de José Andrés Vázquez.—37 **Lo que quiso el Azar**, por Miguel Esteban.— 38 **Sol de Invierno**, por Vicente Chiralt Cendra.—39 **El Sabio que predijo la hora de su Muerte**, por Nicolás Sánchez Balástegui.—40 **La Sangría**, por José Más.—41 **Misterio de Dolor**, por José Andrés Vázquez.—42 **La Torre de los Lirios**, por Carlos Casajuana.—43 **El caso de Don Faustino**, por Pedro Balgañón.—44 **...Mi Regalo de Boda**, por Jorge Noronha de Oliveira.— 45 **Mi Hijo**, por Menipo.—46 **La Plazuela de los Luceros**, por Salvador Valverde —47 **La Intrusa**, por Arturo Ines. Traducción de Miguel Casado Rubio.— 48 **Se lo tragaron los Andes**, por Fernando de los Ríos.—49 **Corazón es Quimera**, por Antonio Angulo.—50 **Curdoterapia**, por Rafael González-Castell.— 51 **"¡Salaos son!"**, por Manuel Siurot.—52 **El Mayoral**, por José Ferrándiz Torremocha.—53 **Desquite**, por Angel Cruz Rueda.—54 **La Primera de San Julián**, por Rafael Porlán y Merlo.—55 **La Condesita Laurel**, por Amantina Cobos de Villalobos.



Amantina Cobos de Villalobos